

VIRGEN DEL CARMEN GUIA Y PROTECTORA

Parroquia de San Juan de Dios, Badajoz, 16 de julio de 2025

Queridas hermanas carmelitas, queridos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos y hermanas que hoy acudís a esta parroquia de San Juan de Dios para celebrar con gozo y devoción la fiesta de la Virgen del Carmen: ¡El Señor os dé la paz!

La fiesta del Carmen, de origen familiar pues nació muy vinculada a la Orden del Carmelo, muy pronto se fue extendiendo a toda la Iglesia y hoy es una de las fiestas más populares en honor de la Virgen. Una fiesta en la que María se nos presenta como estrella, guía y protectora, no solo para la familia del Carmelo y de las gentes del mar que la veneran con especial cariño, sino de todos aquellos que, como nosotros, “navegamos” y peregrinamos en este valle de lágrimas, en camino hacia la montaña santa que es Cristo el Señor.

La Virgen del Carmen es invocada como “Stella Maris”, estrella que guía a los navegantes en medio de la tempestad. Así como la estrella indica el camino en la oscuridad, así también María nos ilumina en los momentos de dificultad y nos ayuda a encontrar la senda correcta en la vida. Como “mendicantes de sentido” que somos todos nosotros, obligados a caminar muchas veces en la oscuridad, sin ver claro el horizonte, hoy elevamos nuestras oraciones a María, buscando su intercesión y guía en nuestras vidas.

Aunque serán los ermitaños que habitaban en el Monte Carmelo dedicados a la oración y a la penitencia los que darán inicio a la Orden del Carmelo en el medioevo, y con ella se desarrollará la devoción a la Virgen del Carmen, sin embargo esa devoción hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, en el monte Carmelo, donde el profeta Elías se retiró para encontrarse con el Señor y desafiar a los profetas de Baal, defender la pureza de la fe en el único Dios, y donde la intercesión de Elías pone fin a la sequía que azotaba la tierra de Israel, tal como nos presenta hoy la primera lectura (cf. *1R 18, 41-46*). En esa nubecilla “pequeña como la palma de una mano de un hombre que subía del mar” (v. 44), la tradición ve una figura de María que, “cuando llegó la plenitud de los tiempos” (*Gal 4, 4*), nos trajo la bendición –la lluvia en la Biblia es siempre signo de bendición– por excelencia: Cristo el Señor “para rescatarnos a todos los que estábamos bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Gal 4, 5*).

Iluminados por esta Palabra que nos viene del Señor y nos llega de la mano de la Iglesia queremos en esta ocasión agradecer al Señor el don de María como Madre de Dios y Madre nuestra, un don que se hace hermosa realidad en el momento solemne de la crucifixión cuando Jesús dice a María: “¡Mujer, ahí tienes a tu hijo! Y después dijo al discípulo: ¡Ahí tienes a tu Madre!” (*Jn 19, 26-27*). Jesús lo había entregado todo. Ya solo le quedaba a su Madre. Y de ello también se desprende por amor. Y María que en la anunciación había dicho Sí, *fiat*, al proyecto de Dios sobre ella, ahora en el Calvario renueva ese Sí, acogiendo la voluntad de su hijo, convirtiéndose en nuestra Madre.

Desde entonces ya nunca seremos huérfanos. Desde entonces ya nunca seremos víctimas del oleaje del mar agitado de la vida. En los momentos difíciles, como bien dice san Bernardo, podemos mirar *la Estrella e invocar a María*, con la seguridad que ella nos conducirá al puerto seguro de la salvación. Con ella se nos abren las puertas de la misericordia divina, como nos recuerda el Escapulario que pende del cuello de muchos de los devotos del Carmen y que entregó la Virgen a San Simón Stock. A ejemplo del discípulo amado a nosotros solo nos

queda acogerla en nuestra casa (cf. *Jn 19, 27*), abrirle nuestro corazón para hacer nuestras las actitudes de María: su fe, su confianza absoluta en Dios, su caridad sin límites.

Y ofreciéndole nuestra “casa”, queremos presentarle a toda la familia carmelitana que desde sus orígenes la invocaron como la “Santísima Virgen del Monte Carmelo”. Queremos presentarle a todos los que trabajan en el mar, de la cual ella es celestial patrona. Queremos presentarle a nuestros jóvenes, para que no se pierdan en alta mar y no pierdan nunca de vista el puerto de la salvación. Queremos presentarle a nuestra Iglesia universal y particular, para que sean hogar de encuentro y testigo del Evangelio. Queremos presentarle aquello que llevamos en nuestro corazón: las vocaciones a la vida consagrada y sacerdotal, el ministerio y la salud de nuestros sacerdotes. Queremos presentarle a todos aquellos que sufren en su cuerpo o en su espíritu: los enfermos, los emigrantes, las víctimas de esta cultura del descarte. Queremos presentarle a toda la humanidad tan necesitada de Dios, pues solo Él basta, como decía Santa Teresa.

Y queremos también suplicarle por nosotros, sus devotos:

Madre del Monte Carmelo, intercede por nosotros ante tu Hijo, Jesucristo. Guíanos, por el camino de la fe a Él. Protégenos en nuestras dificultades y llénanos de tu amor maternal. Que tu ejemplo de humildad y obediencia nos inspire a vivir cada día más cerca de Dios. Que bajo tu guía y protección, podamos ascender a las cimas más elevadas de la montaña santa que es Cristo, tu Hijo. “Madre y Ornamento del Carmelo, rogad por nosotros! ¡Virgen, Flor del Carmelo, rogad por nosotros” (San Simón Stock). *Jardín de Dios*, miranos ahora y siempre con ojos de misericordia. *Fiat, fiat, amen, amen.*